



NÚÑEZ, Amanda, *Gilles Deleuze. Una estética del espacio para una ontología menor*, Madrid, Arena Libros, 2019.

Deleuze es un pensador difícil de encuadrar en alguna de las categorías tradicionales de la historia de la filosofía. Ello se debe a que su filosofía no aspira a ser el gran Uno que resuelva de una vez por todas las cuestiones fundamentales de la verdad, del juicio, del Ser, etc. Se mantiene, más bien, en una búsqueda por derribar [*renverser*] la ontología y el fundamento, por hacer siempre algo de más o algo de menos que impida el cierre definitivo de lo que podríamos llamar el “sistema deleuzeano”. Todas estas cuestiones son las que articula de forma brillante y coherente la obra de Amanda Núñez. No rehúye la dificultad para hablar de algo así como ontología en Deleuze, sino que se mete a fondo en el problema para abrir nuevos sentidos a su pensamiento.

Es a partir de ahí que se podrá encontrar una salida a esta problemática. Ese *renverser* que mencionábamos antes es también un “invertir”, “subvertir”, o “derramar”, y es precisamente esta última noción la que permite a Núñez articular de forma original el proyecto ontológico deleuzeano: éste busca una inversión y un derramamiento del modo tradicional en el que se ha comprendido la ontología, se trata de un desplazamiento a las fronteras, de una apertura a lo estético como piedra de toque de cualquier pensamiento sobre el Ser y la experiencia. En suma, es una ontología *menor* o *minorizada*, esto es, está del lado de lo creativo y lo nuevo, siempre en búsqueda de nuevas formas de pensar, de sentir y de vivir. Recordemos que para Deleuze lo *menor* no tiene que ver tanto con conjuntos definidos como con la acción de minorar. Se trata, más que de apostar por las minorías que se dan fácticamente, de buscar siempre devenires y derrames que subviertan lo mayoritario, procesos de minorización que transformen el orden impuesto.

Por tanto, una ontología de este tipo (menor o minorizada) ha de implicar necesariamente una nueva imagen de lo que significa pensar, intrincada con una nueva comprensión de la materia del ser. Entre estos dos polos, sin confundirse con ninguno de ellos, encontraríamos la ontología deleuzeana, cuya piedra de toque no sería el “es” (*est*) sino el “y” (*et*). Conjunción y no jerarquización, coexistencia y no sumisión, se trata de remitir el ser a las relaciones y los acontecimientos, no a una idea absoluta que determinaría el rango de los entes según su grado de participación con ella. Todo esto es el advenimiento de un orden ontológico distinto, menos altanero y en un proceso constante de minorización: “No dice que no haya, en lo empírico, ni órdenes, ni valores, ni jerarquías, sino que ninguna posee legitimidad ontológica y pueden ser cambiadas, pues algo así como el ser [...], desaparecido como ser y derramado en esta tierra, devenido tierra, no es un orden fijo, ni impone una jerarquía desde sí mismo, sino todo lo contrario, es lo que hace y deshace cada orden, lo que posibilita que haya siempre lo nuevo y que otros mundos sean posibles y reales” (p. 51).

El rasgo por excelencia de la ontología de Deleuze es la univocidad: *ser se dice en*

*un solo y mismo sentido de aquello de lo que se dice.* Se opone de este modo a gran parte de la tradición filosófica que pensaba el ser por analogía, esto es, hay múltiples y diversos sentidos del ser pero todos lo son en relación a un *analogado primero* o concepto fundamental. Éste puede tomar la forma de “Ser”, de “Dios” o de “Bien”, actuando siempre como un elemento jerarquizador que se encarga de determinar el valor de los entes según su grado de participación o semejanza. Esto lleva a que haya algunos entes que valgan más que otros, hecho precisamente al que se opone de forma radical la univocidad. De todo se dice “ser” en un mismo sentido, tanto de la garrapata como de Dios, por lo que no es posible desde una ontología *menor* y unívocista el reparto y comparación del valor de los entes.

Ahora bien, Núñez nos advierte que no es suficiente con afirmar la univocidad del ser, de aunar Ser y devenir, para que no caigamos en los trascendentalismos que han dominado la historia de la filosofía. Para que se produzca una heterogénesis constante que permita el florecimiento de lo diferente y de lo múltiple, el espacio ha de ser articulado de tal modo que no quede subyugado al tiempo. Esto es importante, como bien trata Núñez en la obra, porque el espacio juega un papel fundamental para la inmanencia, impidiendo que el ser y el devenir queden sumidos al tiempo como forma pura de la interioridad (lo que llevaría a una nueva trascendencia). “Si queda eliminado el espacio podemos deslizarnos en enormes problemas como la univocidad comprendida como Uno-todo *al comienzo o al final*, o de pensar Uno y múltiple como complementarios, o contemplar la creatividad de un modo unidireccional y necesario sin facticidad, sin exterioridad” (p. 93). Por ello, la interpretación que articula la obra se opone a la realizada por otros estudiosos de Deleuze (Gualandi, Bergen, Leclercq...), que preponderan el ámbito temporal por encima del espacial llevando el pensamiento deleuzeano a derroteros similares al *Idealismo alemán*. Como bien observa Núñez, también en Hegel o Schelling hay un intento por conjugar ser y devenir, pero es precisamente el no remitir a una exterioridad lo que les lleva a caer en una absolutización del *Uno-todo*.

Precisamente por estas razones, el espacio y el tiempo juegan un papel esencial en la articulación de la ontología de Deleuze. A este respecto, Núñez repasa los distintos modos de comprender el tiempo en Grecia: *Aiôn*, *Chrónos*, *Exaíphnes* y *Kairós*. El tiempo que pasa (*chrónos*), el tiempo que hace (*kairós*), el instante (*exaíphnes*) y el tiempo de vida y de duración o lo eterno (*aiôn*). El devenir no puede permanecer únicamente remitido al tiempo cronológico, sino que para que tenga lugar una verdadera heterogénesis ha de tener una cara también hacia el *aiôn*. Y con ello también es preciso una nueva reconsideración del espacio. El devenir no puede ser escindido de forma total de lo cronológico, de alguna forma tiene que estar ligado a unas condiciones históricas para no caer de nuevo en trascendentalismos. Ahora bien, también la historia se ha de medir con todas esas circunstancias variables que abren nuevos sentidos y acontecimientos no previstos por el tiempo cronológico. Esto es: “el devenir necesita de su historia, la cual, como vemos tampoco es enteramente temporal [...] La historia, en su minorización o espacialización, al estar relacionada con sus devenires, se torna lugar o circunstancias” (p. 133). De este modo, el devenir ha de ser tomado como un flujo (no como una eternidad permanente), pero como un flujo que se derrama contantemente en un plano, en una exterioridad. Es por ello por lo que el espacio es fundamental, en tanto que constituye ese plano de inmanencia que impide elevar el devenir o la historia al rango de trascendentales.

A continuación, Núñez lleva a cabo un estudio de la noción de límite en relación

a cómo se comprenden las formas de exterioridad e interioridad. Como acierta a ver, en las concepciones ontológicas tradicionales (Platón, Aristóteles, Descartes...), la noción de límite es fundamental, en tanto que determina la frontera entre el ser y el no-ser. Sin embargo, lo hace siempre desde la magnitud extensiva de los cuerpos, esto es, no analiza cualitativamente qué es lo que constituye tal cuerpo, sino que meramente se dedica a limitar su extensión. Por ejemplo, en el caso de un cubo se tiene en cuenta que posee seis lados (la forma geométrica), y ello es suficiente para dar cuenta del ser del cubo y para diferenciarlo de todo aquello que no es. Esto deja de lado las magnitudes intensivas, a saber, aquellas que determinan qué es lo que hay dentro del cubo, qué tipo de cubo es, cuál es su fuerza y potencia... Por ello, Núñez en su estudio de la ontología deleuzeana apuesta por una noción de límite que mida el ser de las cosas por su potencia e intensidad, no por mera negatividad (aquello que no es) sino teniendo en cuenta hasta donde llega su campo de acción. “Este otro régimen establece el límite desde el punto de vista del ser y la vida. En él, la misma potencia de la vida y el ser es el límite y la diferencia” (p. 176).

En definitiva, se trata de aunar espacio y tiempo, de que cada uno conforme en parte la forma de la exterioridad y la forma de la interioridad, sin imponer una jerarquización de una sobre la otra: “espacio puro como exterioridad (*spatium*) y tiempo puro como coexistencia (*aiôn*)” (p. 196). Sería un espacio-tiempo que no se mediría de forma extensa o duradera, sino que sería cuestión de intensidades, velocidades, potencias que llevan a lugares y tiempos en los que habitar (p. 196). Espacio y tiempo que, además de constituir la forma de la experiencia, aparecen ahora como condiciones genéticas de la experiencia real, desde su potencia para crear conceptos, perceptos y afectos. Heterogénesis que abre la puerta a una coexistencia y simultaneidad, a una vida que se evalúa de forma inmanente, y a una ontología en constante proceso de minorización (búsqueda de nuevos devenires). En suma, nunca se llega al *Uno*, siempre hay algo de menos que nos hace vulnerables: un Afuera, una exterioridad que impide una reducción absoluta del pensamiento a la voluntad humana.

Finalmente, Núñez nos advierte brillantemente de dos peligros. El primero, al que se combate fundamentalmente en el pensamiento de Deleuze, es el de jerarquizar el espacio y el tiempo según elementos trascendentes que reparten y determinan el valor de los entes. Frente a ello, es necesario reivindicar lo menor y lo molecular (que se opondría a lo molar) para buscar siempre derrames y flujos que supongan salirse de la norma y de lo establecido. No obstante, Deleuze defiende que debemos actuar con mucha *prudencia* para que no caigamos precisamente en aquello a lo que nos oponíamos, esto es, en “una suerte de o bien un *fascismo* de los flujos, político y ontológico, o de una absoluta paranoia, semejante a la neoliberal” (p. 209). Como bien señala Núñez, “minorizar y molecularizar nunca jamás llevan asociada una absolutización” (p. 210). Por eso Deleuze y Guattari se preguntarán si no es necesario mantener siempre un mínimo de formas y de funciones (de sujeto) para que tengan lugar esos procesos de creación y de novedad. Así pues, y ya para terminar, el proceso de minorización de la ontología, que tiene lugar de la mano de una nueva comprensión del espacio y el tiempo, se ha de llevar a cabo con suma prudencia, tal y como advierten tanto la autora como Deleuze. Solo de este modo es posible una heterogénesis ligada a la inmanencia que esté siempre en busca de nuevos devenires que abran otras posibilidades de pensar, de sentir y de vivir.